

por miedo de que no se entreguen á su maldad natural. ¡Así Jesucristo, el alma más amorosa que ha aparecido en este mundo, sería el revelador de una creencia destinada á la canalla! ¡Diríase, ciertamente, que ciertos filósofos se empeñan en no dejar á la teología el monopolio del absurdo!

La humanidad dejará hablar á los filósofos y hará su camino. Llegado el caso, apelará de esta filosofía desdeñosa ante una filosofía que respete á la humanidad, y no le costará gran trabajo combatir á los filósofos con sus propias declaraciones. Nada tan superficial como la doctrina, si merece tal nombre, que hace de la religión el lote de las masas ignorantes. Aún se sigue confundiendo en ella la religión con el cristianismo tradicional. Si, la religión que consiste en prácticas supersticiosas no puede ser la religión de los que piensan. ¿No sería quizás la primera la religión de que parece hablar Mr. Renan? "Dejemos, dice, á las religiones proclamarse inatacables, ya que sin esto no alcanzarían de sus adeptos el respeto que necesitan.", Esta religión *inatacable* es la revelación milagrosa. Monsieur Renan consiente, pues, á nombre de la filosofía, en que se predique al pueblo que Dios encarnó en el seno de la Virgen María; tolera que se le diga que este Dios, hecho hombre, fundó una Iglesia á que todos los hombres deben una obediencia absoluta, bajo pena de muerte eterna. Y ¿qué le importa á él con tal de que no se obligue á la ciencia á pasar por la censura de un poder que nada tiene de científico? Ni aún quiere que los filósofos traten de proscribir la leyenda, que es para él lo que los Alemanes llaman mito, es decir, el elemento milagroso del cristianismo tradicional; á su juicio, la leyenda es la forma que reviste necesariamente la fe de la humanidad. Hé aquí perfectamente declarados eternos el error y la superstición. ¡Qué filosofía! Y ¡qué moral! debemos añadir. La religión ha de decirse revelada; es el único medio de hacerse respetar. ¿No es esta la moral de los jesuitas, que el fin justifica los medios? Y la ciencia, ¿cuál será su papel? "Sería muy temeraria, dice el académico francés, si aspirase á modificar la opinión; sus procedimientos no pueden influir sino sobre un pequeño número repugnante y sin encanto; ¿con qué medios lucharía contra tantos poderes como dominan el mundo, sin duda, con mejor derecho?., Late el desden en esta humildad irónica. Pero el desden llega á la humanidad ente-

ra; se la abandona para siempre al imperio del error.

Preguntaremos á los filósofos que tan mala opinión tienen de la especie humana por qué y para quién escriben. No será para convertir á los filósofos; no necesitan éstos conversión. ¿Para convertir á las masas? Están destinadas para siempre al culto de la superstición. ¿Para elevar, cuando ménos, á la verdad á tal ó cual de los que yacen en el error? "No me consolaría, dice Mr. Renan, si supiera que mis escritos habían de escandalizar una sola de estas almas sencillas que adoran tan vivamente ese espíritu.", Felizmente, añade, las protege su ignorancia. ¡Santa ignorancia! ¿Y es la ignorancia para lo que han sido creados los hombres? Si así es, ¿de qué sirven filosofía, academia y académicos? Cuestión de *curiosidad*. La palabra es de Renan. Le gustan las investigaciones de la ciencia libre; trata de descubrir la verdad, obra que considera como un deber, y expondrá con sinceridad y firmeza, dice, los resultados que le parezcan probables, bien entendido, fuera de todo pensamiento de aplicación. ¿No es este el ideal del egoísmo? Mr. Renan se entretiene y hallará lectores que distraerán sus ocios gratuitamente en la lectura de páginas tan bien escritas. ¡Tal es la misión de la filosofía frente á la religión! (1).

Hay que añadir que esta es la doctrina que profesaba M. Renan en sus *Estudios de historia religiosa*, publicados en 1858. Al año siguiente reunió en un volumen sus *Ensayos de moral y de crítica*, y en el prólogo habla ya muy de otra manera. No habla, en efecto, de la religión como en 1858. Entonces se refería el escritor francés á la religión de las leyendas, de los mitos, de los milagros; ahora, en 1859, ya se da cuenta de que hay otra religión, la que Kant establece sobre la base firmísima de la conciencia: "Objeto de eterna disputa para la dialéctica, de intuición evidente para el sentimiento moral, la religión es el patrimonio de cuantos son dignos de ella y hallan la demostración de la misma en la voz de su corazón escuchada con docilidad.", La conversión aún no es completa; M. Renan cree siempre que la fe en las verdades supremas, desprendida de los símbolos de que la han revestido las religiones, no sa-

(1) RENAN, *Études d'histoire religieuse*, Prefacio, págs. xvii, xxiii, xxvii.

tisfará jamás á la mayoría de los hombres; sigue teniendo mala opinión de la humanidad, que, á su juicio, tiene estrecho el espíritu. Con todo, la ciencia, la indagación de la verdad no es ya un asunto de mera curiosidad, de dilettantismo literario, pues ya declara M. Renan que su fin, en todos sus escritos, ha sido depurar el sentimiento religioso, que no puede abrigar esperanza alguna de mantener su imperio sino toma un nuevo grado de refinamiento: "La religión de nuestros días, dice, no puede ya separarse de la delicadeza del alma y la cultura del espíritu.", Aplaudimos á dos manos; pero ¿cómo refinar y depurar la religión? Hay que trasportarla á la región de lo *inatacable*, más allá de los dogmas particulares y las creencias en lo sobrenatural. En 1858, M. Renan decía que las religiones se proclamaban *inatacables*, diciéndose por fundadas sobre una revelación milagrosa, y era de parecer de respetar esta pretensión. En 1859 ya le parece que este cimiento *inatacable* amenaza venir á tierra; busca otro, y ¿dónde lo halla? En el abandono de lo sobrenatural. Aquí ya vuelve la espalda por completo á su primera opinión. Quedan abandonados los mitos, las leyendas, los milagros, como una forma pasajera de la religión; hay que buscar y asimilarse el fondo imperecedero, fundando la religión sobre las necesidades invencibles de la naturaleza humana (1). Hémos de acuerdo ya ó muy cerca á lo ménos. Queda, pues, convenido que la indagación de lo verdadero no es una simple curiosidad del espíritu; ántes debe aspirar á transformar las creencias. Una fe sólo falta aún á M. Renan, y es la de que la religión trasformada, depurada, no se dirige á un pequeño círculo de perfectos; todos son llamados á ella y todos serán elegidos.

§ II.—Expectación universal de una revolución religiosa.

Basta ya de opiniones puramente individuales y que, por lo mismo que afectan cierto aire de aristocracia, jamás tendrán influencia en la humanidad. Un escritor de inteligencia y de corazón dice "que el hombre es un animal religioso.", (2). ¿Habla Vinet en nombre de una preocupación cristiana? No, todos los que creen que hay en el hombre algo

(1) RENAN, *Essais de morale et de critique*, Préface, p. ii-iv.
(2) VINET, *Essais de philosophie religieuse*, p. 191.

más que materia creen por lo mismo que el hombre es un sér dotado de religiosidad, como lo está de razón. En efecto, si hay un alma, hay también un Dios y una relación entre Él y aquella, porque Dios es el principio y fuente de las almas, de Él vienen y en Él y por Él viven. Pues bien, este lazo de las almas con Dios es la religión. Montesquieu dice que sólo por haber hombres hay un derecho que rige sus acciones, de lo cual infiere que el derecho es anterior á la ley y aún superior. Del mismo modo, sólo porque hay hombres hay una religión, un lazo que los une á Dios. Este lazo es anterior á todo culto positivo, y también le es superior, ya que los cultos no son sino expresiones incompletas necesariamente del sentimiento religioso. La facultad religiosa es, como todas las demás del hombre, indefinidamente perfectible. La religión comienza siendo la adoración de los objetos físicos, y acaba adorando al Sér de toda perfección.

No ha de decirse, pues, que el hombre debe tener religión, sino que es religioso, como es racional. ¿Se objetará que hay hombres sin religión, ó que la niegan llamándola una debilidad de nuestra infancia? También los hay que niegan que tengamos alma, y que querrían reducirnos á la condición de plantas ó brutos más ó ménos perfeccionados. De que existan hombres que emplean su razón en desbaratar, ¿cabe inferir que es la razón una quimera? Si los hay sin religión, nada prueba este hecho sino una sola cosa, que les falta la facultad religiosa ó que la tienen atrofiada. La irreligión, como la sinrazón, es una enfermedad de la naturaleza humana; y ¿por ventura prueba la enfermedad que la salud sea cosa imaginaria? Suprimid á Dios, dice Lamartine, y se hace noche en el hombre; más aún: no es posible suprimirlo sino cuando ya es de noche en el alma humana. Pero esta noche no es completa jamás; quien niega á Dios ya lo buscaba. Todos lo buscamos, como á la luz la planta, y al buscarlo, lo poseemos ya, como dice Pascal; el hombre no buscaría á Dios si ya no lo hubiera encontrado (1).

Puesto que el fin supremo del hombre es el desarrollo de todas sus facultades, y entre éstas se halla la aptitud religiosa, fuerza es decir que no hay verdadero desarrollo, humanidad completa sin

(1) GOY, *la Religion et la théologie (Le Disciple de Jésus-Christ)*, 1862, p. 757-759.

religion (1). La historia entera atestigua esta verdad. Las épocas de decadencia religiosa lo son también de decadencia moral y política. Por sus creencias religiosas es por lo que viven las naciones, dice un libre pensador. Proudhon, á quien nadie pensaría hallar entre los defensores de la religion, expresa la misma idea en estos términos: "Es, dice, por sus principios religiosos ó filosóficos por lo que viven las sociedades.", Habría que negarse á la evidencia para poner en duda un hecho escrito en cada página de la historia. Cuando decimos que los pueblos viven por la religion, queremos dar á entender que su vida toda entera está determinada por la idea religiosa en que se inspiran. En efecto, la religion no se manifiesta sólo por algunos actos de culto; antes penetra en nuestros sentimientos, en nuestras costumbres, en nuestras leyes, en nuestras instituciones, de tal suerte, que podría decirse que aquellos mismos que niegan la religion están sometidos á ella y la obedecen. ¡Cuántos hay que no quieren que se les llame cristianos y lo son con todo!

Cierto que la historia nos enseña que el sentimiento religioso parece debilitarse y áun extinguirse en ciertas épocas. Pero son más bien las religiones positivas las que declinan y mueren como cosas humanas; mejor dicho, como todo, se transforman, no mueren. Lo que ha engañado á los hombres es la creencia en una revelacion milagrosa, que viene de repente, como por un artificio de teatro, á renovar el mundo. Descartada esta idea, fruto de la supersticion, queda un hecho, á saber: que en el instante en que se extinguen creencias antiguas, brotan otras nuevas, y por cierto de las raíces del pasado. ¿No dice Jesucristo que Él vino á completar la ley y los profetas? Procede, en efecto, del mosaismo, que á su vez no es una ley imaginada ó revelada por Moises, sino que tiene su raíz en las tradiciones primitivas de la humanidad. La antigüedad prepara el cristianismo; no muere, se transforma. ¿Pierde la religion en esta metamorfosis? Tan no pierde, como que llega á hacerse el elemento esencial de la civilizacion moderna. Los partidarios del cristianismo tradicional dirán que esta inmensa influencia procede del carácter divino de la religion cristiana. No negamos que la divinidad de Jesucristo juega durante siglos un papel importante en

(1) RÉVILLE, *Lettre à Piorson*, p. 41.

la formacion y extension del cristianismo. Pero no es ménos cierto que lo sobrenatural no es ya del gusto de la humanidad moderna; tanto le repugna, que deserta de la religion del pasado porque es sobrenatural; ya los enemigos del Cristo proclaman que está moribunda, muerta del todo. Mas la religion misma, ¿morirá también, ó sufrirá una transformacion semejante á la de hace diez y ocho siglos? Interrogüemos á la historia.

En el siglo XVIII diríase que era una guerra de titanes la que se hacia al cristianismo, y áun á todas las religiones. Estalla la revolucion, anunciada ya y preparada por los libres pensadores; échalo todo á tierra, nobleza; Iglesia, monarquías. ¿Quién no hubiera creído que pasaría otro tanto con las creencias religiosas? En efecto, los hijos extraviados de la filosofia derrocan las imágenes de Cristo y las reemplazan con la de la diosa Razon, no la razon hija del cielo, sino una cortesana, es decir, la naturaleza en lo que tiene de bello, pero también con sus peores inclinaciones. ¿Qué hace la Convencion nacional? ¿Va á decretar el ateismo, el materialismo? Envía los ateos y materialistas al cadalso, proclama la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, pone á la orden del dia el deber, el sacrificio, la abnegacion: nada ménos, en suma, que una religion decretada por los representantes de un gran pueblo, y esto en el momento mismo en que van á proceder á la organizacion de la sociedad nueva. ¿Son hombres supersticiosos ó prudentes calculadores? Son los espíritus más libres y más audaces que aparecieron jamas en la escena política. Discípulos de los filósofos, no querian, ciertamente, resucitar las viejas supersticiones que se creian muertas y sepultadas ya. Pero los filósofos tenían su fe; aquellos mismos que negaban á Dios tenían más caridad que tienen hoy los más fervientes ortodoxos. En realidad, estos demoleedores de los altares preparaban la religion del porvenir. Lo que la Convencion ambicionó fué fundar una sociedad nueva, y con ella á la vez una nueva religion; empresa gigantesca, pero lógica hasta en su audacia, por todo extremo temeraria, pues no se eleva edificio sin cimiento, no se instaura sociedad sin religion. La sociedad democrática, ¿hará excepcion de este axioma? Más que otra alguna, necesita un lazo de almas y una ley moral, porque da más libertad al individuo; pudiendo el hombre desear y esperar-lo todo, podría también atreverse á todo, si no le

contuviera la conciencia. La ley moral no basta. Y cosa notable y decisiva en nuestro debate! se acusa á los filósofos del siglo pasado de haber querido reducir la religion á la moral; sí, pero en el sentido de que la moral sea á la vez una religion, en el sentido de que tenga por base la idea de Dios. Así, ciertamente, han comprendido los discípulos á sus maestros y ensayado la aplicacion de su doctrina.

Háblase mucho en nuestros dias de moral independiente. Es, con efecto, independiente de los dogmas que se pretenden revelados; pero ¿cómo podría la ley moral ser independiente de un legislador? Está grabada en nuestra conciencia; pero ¿es la conciencia quien la ha hecho? Y si no lo es, ¿á quién hay que acudir para conocerla é interpretarla? ¿No ha de ser á su autor? Su voz es la que nos responde cuando interrogamos á nuestra conciencia; entónces, ¿por qué no apelar á él directamente? La ley moral tiene por primer principio el perfeccionamiento del individuo; pero para que éste se perfeccione, ¿no ha de tener ante sí un tipo de perfeccion? ¿Y cuál puede ser éste sino Dios? No conocemos moral más sublime que la predicada por Jesucristo al decir: "Sed perfectos como vuestro Padre en los cielos.", Juntos están aquí el ideal y el deber de esfuerzos incesantes para realizarlo. Suprimido el ideal, ¿qué será de nuestros esfuerzos? Pareceémos al pintor, que en vano trata de realizar lo bello, si le falta un tipo de belleza. En conclusion, no hay verdadera moral sin creencias religiosas. "Para que los pueblos lleguen á ser morales, han de ser religiosos.",

Creó la Convencion nacional que no habia libertad sin moral; hé aquí por qué decretó la existencia de Dios y puso todas las virtudes á la orden del dia. Tuvo la elevada ambicion de abrir á la humanidad una era nueva, y presentia que ésta debia inaugurarse con una renovacion religiosa. La Revolucion, se dice, fracasó. Lo mismo se dice de los principios del 89. ¿Y probaria esto acaso que son falsos tales principios, y que la humanidad debe poner de nuevo su cabeza bajo el yugo de la monarquia y de la Iglesia? La tentativa de fundar una religion fracasó, es cierto, á pesar de la omnipotencia de la Convencion: prueba de que no es por vía legislativa como puede llevarse á cabo la revolucion religiosa. Pero no queda ménos subsistente por eso la necesidad de una renovacion; se hace más urgente cada dia. ¿No es desde que se

quiere proscribir á Dios de la conciencia y la sociedad cuando la moral amenaza irse también? Un demoleedor del 48 dijo profundamente: "El escepticismo, despues de haber deshecho religion y política, se echa sobre la moral; en esto consiste la disolucion moderna.", (1). ¿Qué sería del mundo si esta obra de demolicion continuase? ¿En qué daría una sociedad sin principios morales? Si queremos seguir siendo libres, hemos de unir nuestros esfuerzos para dar á la humanidad lo que le falta, una religion que sirva de base á la moral; porque sin lazo moral entre los hombres, quedaría sola la fuerza. ¿Hay que preguntar á los partidarios de la moral independiente si el régimen de la fuerza es de su gusto? La fuerza misma es impotente para detener la disolucion social: testigo el imperio romano, cuya decadencia se precipitaba precisamente cuando los emperadores tenían el mundo en sus manos. En vano confiaríamos en nuestra civilizacion; una cultura excesivamente material sería el primer paso á la barbarie; mejor dicho, sería la peor de las barbaries, porque la sociedad sin alma quedaría reducida á podredumbre y muerte.

Si la Revolucion fracasó en cuanto á los medios empleados para alcanzar su fin, estuvo en lo cierto al poner éste en Dios y la libertad. Los principios del 89 no han perecido, aunque sucumbiera la república. Lo mismo pasa con la religion. Tan no fracasó la revolucion en ésta, cuanto que hoy no se oye más que un grito en todas las conciencias: que es preciso una renovacion religiosa para salvar la humanidad y regenerarla. Este grito resuena en todos los paises. Citarémos al acaso algunos testimonios: volúmenes pudiéramos llenar con ellos. En Francia, los libres pensadores y los protestantes liberales proclaman de consuno que la renovacion religiosa es la gran mision de nuestro siglo (2). En Alemania, el caballero Bunsen, sabio político y teólogo todo junto, ha consagrado su vida á esta obra, convencido, como dice de Maistre, "de que todo hombre está obligado á llevar, si tiene fuerzas, una piedra para elevar el edificio augusto cuyos planos están ya visiblemente trazados.", Bunsen advierte que el judaismo se muere ó se transforma, y que el mahometismo no tiene vida;

(1) PROUDHON, *de la Justice dans la Révolution et dans l'Église*, t. I, p. 3.

(2) ALBERT RÉVILLE, en la *Revue des Deux Mondes*, 1860, 15 juin, p. 961.—LARROQUE, *Renovation religieuse*, p. 16.

creo que el cristianismo llegaría á ser la religion del mundo, pero bajo el supuesto de que sufra una nueva reforma, que le es necesaria. Las religiones, dice, no piden ménos religion, piden más: no quieren ménos, sino más cristianismo. Pero el cristianismo, por cuyo advenimiento hacen votos, es un cristianismo vivo, que satisfaga á la razon y á la conciencia, una religion que lo regenere todo, individuo, familia y Estado. No quieren una mera transaccion exterior con el pasado, que deja sin fe las almas y nada dice á la inteligencia; exigen una fe que la razon pueda aceptar franca y elevada mente, porque la religion es su pan de vida; quítasela, y su muerte es segura, y muerte innoble, en la podredumbre de la materia. No tema Bunsen que hasta aquí llegue la humanidad, ya que irremisiblemente necesita de la verdad, y ésta ha de acabar por alumbrar al mundo (1).

Iguales convicciones, esperanzas idénticas existen en Inglaterra: "No puede haber duda alguna, dice una Revista que circula mucho, de que la necesidad más urgente de nuestro tiempo es una restauracion de la fe," (2). Suiza cuenta entre sus hombres más distinguidos un pensador cristiano, ortodoxo, es cierto, pero que pertenece al porvenir más que al pasado, sólo porque es sinceramente religioso: "Esperamos de la religion, dice Vinet, y de ella sola, el despertar, no tanto de la conciencia religiosa, sino de la conciencia en general, de la individualidad, de la originalidad del alma," (3). Citamos de preferencia escritores protestantes, porque de la Reforma debe proceder la renovacion religiosa. No decimos con esto que los países católicos queden extraños al movimiento general de los espíritus. Pero el catolicismo no deja abierto al progreso ningun camino sino es en los límites del dogma establecido, lo cual lleva á un verdadero círculo vicioso ó á transacciones con las exigencias del tiempo, transacciones faltas de franqueza y de eficacia por tanto. Por eso interesa mucho más todavía el ver proclamada la necesidad de una renovacion religiosa por hombres que son los campeones de una ortodoxia inmutable.

El conde de Maistre juega un gran papel en la reaccion católica; ha sido el primer promovedor del

(1) BUNSEN. *Hyppolytus und seine Zeit*, t. I, págs. 347, 348-321, 341.

(2) *Edinburgh Review*, 1865: August, p. 565.

(3) VINET. *Essai sur la manifestation des convictions religieuses*, p. 14.

ultramontanismo. Sin embargo, en la intimidad de su correspondencia, confiesa que Europa no tiene ya religion. Echa la culpa, naturalmente, al protestantismo y á la filosofia, que llama desdeñosamente filosofismo. Esta espantosa conjuracion de reformadores y filósofos, dice, ha aniquilado casi al cristianismo, hasta en los países católicos. No discutiremos con el fogoso ultramontano sobre el protestantismo y el filosofismo; limitémonos á hacer constar que, al decir de un ultraortodoxo, no hay ya cristianismo en Europa (1). Semejante estado de cosas, ¿puede durar? Ya en una de sus primeras obras decía el conde de Maistre: "Si no se hace una revolucion moral en Europa, si el espíritu religioso no se refuerza en esta parte del mundo, el lazo social se desata," (2). Cosa rara: el escritor ultramontano no separa la moral de la religion; lo que ante todo quiere, lo que espera es una revolucion moral; si el espíritu religioso ha de cobrar nuevas fuerzas, es para que se apriete más el lazo de las conciencias.

De Maistre no dudaba de que esta revolucion habia de realizarse; y como se complacia en profetizar, dice: "Nos acercamos á la más grande de las épocas religiosas," (3). Creía llegada la plenitud de los tiempos. Pues entendiendo que el establecimiento de las religiones ha sido favorecido siempre por revoluciones políticas, que los conquistadores, como dice Bossuet, han preparado el camino al príncipe de la paz, veía á Europa desmoronada hasta en sus cimientos en el instante mismo en que él escribía aquellas palabras. No se imaginaba, como tantos espíritus mediocres, que esta terrible convulsion europea fuese debida á dificultades financieras, y que habia de parar en un cambio tan sólo de las formas de gobierno. Ya en 1797 decía: "Hay que tener el valor de declarar: durante mucho tiempo no hemos comprendido la revolucion de que somos testigos; la tomábamos por un acontecimiento; nada de eso, es una época." Con este sentido escribió sus *Consideraciones sobre la Francia*. En ellas, despues de decir que es necesaria una *revolucion moral*, una renovacion del espíritu religioso, añade: "Esto es lo que me hace pensar que la Revolucion francesa es una gran época, y que sus consecuencias, en todos los

(1) DE MAISTRE. *Lettres et opuscules inédits*, t. II, p. 395, 396.

(2) DE MAISTRE. *Considérations sur la France*, p. 39 (c. II).

(3) DE MAISTRE, *du Pape*, *Discours préliminaire*, p. XIV.

órdenes, se harán sentir mucho más allá del momento de su explosion y del radio de su foco." Las mismas ideas expone en una carta escrita en 1815: "La Europa entra en una fermentacion que nos conduce á una revolucion religiosa para siempre memorable, y de la cual sólo fué espantoso prefacio la revolucion política de que hemos sido testigos. Para limpiar el sitio, necesitábanse furiosos; ahora vais á ver llegar el arquitecto," (1).

¿Cómo entiende el conde de Maistre la revolucion religiosa que predice con tal seguridad? En este punto sus palabras son vagas y nebulosas, como de un profeta. En las *Noches de San Petersburgo* insiste con frecuencia sobre su prediccion; cree que el mundo marcha con velocidad acelerada hácia el gran acontecimiento. Temibles oráculos anuncian que son llegados los tiempos. Cita los teólogos protestantes y católicos, en cuyo sentir, hechos de primer orden y poco lejanos de nosotros aparecen indicados en el Apocalipsis de San Juan. Y no son teólogos sólo los que alimentan estas esperanzas; no hay quizá un hombre verdaderamente religioso en Europa, dice el conde de Maistre, que no espere ahora algo extraordinario. Ahora bien, ¿cabe desatender este asentimiento de todos los pensadores? ¿Nada significa este grito general, nuncio de grandes sucesos? "Remontaos á los siglos pasados, á la época del nacimiento del Salvador. Entónces tambien una voz misteriosa, surgida de las regiones orientales, gritaba que el Oriente iba á triunfar, que el vencedor saldría de Judea..." (2).

Ateniéndose á esta comparacion, podría creerse que el conde de Maistre esperaba un nuevo Mesías, una nueva revelacion. En sus *Consideraciones sobre la Francia* se lee: "Es dulce, en medio del trastorno general, presentir los planes de la divinidad. Paréceme que todo verdadero filósofo debe optar por una de estas dos hipótesis: ó que va á formarse una nueva religion, ó que va á rejuvenecerse el cristianismo por algun modo extraordinario," (3). ¿Á cuál de ellas se inclinaba de Maistre? No lo dice; pero lo cierto es que en sus esperanzas hay siempre una confesion importante, á saber: que la religion tradicional no responde ya á las necesidades sociales; por manera que si no se necesita una

nueva religion, urge á lo ménos un rejuvenecimiento del cristianismo; el viejo no basta. ¡Palabras graves en labios de un ultramontano! No se engaña Lamennais al decir que es el *Dios de los vivos* el que se revela por la voz del que no conocía más que el de los muertos: "Este hombre, tan seco y duro como pensador, no podía eximirse de un magnífico presentimiento; un reflejo de no sé qué porvenir esplendoroso, impenetrable á su razon prevenida, brilló más de una vez sobre la cuchilla que constantemente tenia levantada sobre el género humano," (1).

Las esperanzas proféticas que alimentaba de Maistre reaparecen más brillantes y magnificas en Lamennais. Él tambien fué un apóstol del ultramontanismo; el amor á la libertad lo sacó fuera de la Iglesia; pero si dejó de ser católico para hacerse libre pensador, se quedó cristiano, sin embargo. Por estos títulos merece que nos detengamos á considerar sus predicciones, porque es profeta, y profeta del porvenir, mientras que á de Maistre se le llama el profeta del pasado. Escribe en 1833: "Tengo la íntima conviccion que la vieja sociedad, tan criminal y miserable, ha llegado al término, al último término de su duracion, y que va á abrirse una era nueva. *El género humano se halla, á mi parecer, en una situacion análoga á la en que se hallaba al advenimiento de Jesucristo*, repartido, como entónces, entre gentiles corrompidos y una sinagoga obcecada. Espero, pues, algo de arriba, una manifestacion divina cualquiera; no la veré, pero creo en ella, y con una fe invencible para mí... Hay, no cabe duda, magnificas verdades latentes en esta especie de instinto vago que remueve ahora la sociedad," (2).

Lamennais espera una nueva religion, la espera de lo alto, por una manifestacion divina. El porvenir dirá si se engañó. No afirma que la revelacion en que cree sea una revelacion milagrosa. Haciendo abstraccion de todo lo sobrenatural, puede decirse, con él, que la luz que alumbrará al mundo ha de venir de Dios, como todo. Lo grave es que Lamennais espere una renovacion completa, no una mera reforma del pasado. Con lo cual no quiere decir que ha de morir éste por completo. No hay muerte total ni aniquilamiento; no puede, no debe

(1) LAMENNAIS. *Lettres* du 8 octobre 1831 (*Correspondance*, tomo II, p. 399).

(2) LAMENNAIS. *Lettre* du 27 septembre 1833, à la comtesse de Senft (*Correspondance*, t. II, p. 317).

(1) DE MAISTRE. *Lettres et opuscules inédits*, t. I, p. 304.

(2) DE MAISTRE. *Soirées de S. Petersbourg*, XI^e entretien.

(3) DE MAISTRE. *Lettres et opuscules inédits*, t. I, p. 304.